



## Los alejados, objetivo preferente pero no exclusivo

Es evidente que, para iniciar el Movimiento de Cursillos de Cristiandad en una Diócesis, son necesarias tres cosas:

- 1ª- contar de antemano con el beneplácito del Sr. Obispo,
- 2ª - contar con la generosidad del sacerdote o sacerdotes que el Sr. Obispo de sirva designar para el Movimiento, y
- 3ª - contar también con un grupo de cristianos seglares.

Estos cristianos seglares han de reunir o por lo menos han de tratar de adquirir, aquellas cualidades que ya el Papa Pío X, señalaba deberían darse en los dirigentes de los movimientos de seglares que, por aquellas fechas, empezaban a surgir en la Iglesia: "Católicos macizos, convencidos de su fe, personas de piedad genuina, etc."

Este grupo de cristianos, en la medida en que vayan formando una unidad viva de pensamiento, de voluntad y de acción, estarán en camino para ir consiguiendo, por la gracia de Dios, las oraciones de muchos y la colaboración conjuntada de todos los más posibles, la finalidad que el Movimiento de Cursillos persigue, y sino se tergiversan las cosas, las más de las veces consigue.

También es evidente que cuando el Movimiento de Cursillos es fiel a su finalidad, o sea a los objetivos que debe proponerse conseguir, según pensaron los iniciadores que los concibieron y estructuraron, se ha de señalar como meta preferente, aunque no exclusiva, que el mensaje de Cristo llegue a los que, normalmente, se llaman los alejados: a los que no tienen fe, o no saben si la tienen, porque viven absorbidos por cosas que creen importantes, pero que no les llenan.

De entre ellos, y tal vez los de más personalidad, suelen ser a menudo protagonistas de muchas acciones erradas, casi siempre por el único motivo de que no les ha llegado la noticia de que Dios les ama, en un lenguaje, talante y estilo apropiado para, no tan sólo captarla, sino hasta para tener ganas de ir estudiándola y profundizándola.

Donde el grupo inicial sabe entender, comprender o mejor dicho: AMAR a estas personas, como Dios les ama, es decir tal y como son, no como quisiéramos nosotros que fueran, y se les respeta, se les valora y se les escucha, por lógica y por sentido común, se cae en la cuenta, mejor dicho se llega a la plena convicción, que es en el mismo lugar geográfico, social, familiar y ambiental donde tienen que crecer y dar fruto. Desubicarlos, trasplantarlos a una zona pía, para poder paternalizar la nueva situación que la asistencia al Cursillo les ha creado, y obligarles a que empleen su generosidad para aceptar sin chistar nuestras "caseras recetas apostólicas", que son sin duda muy buenas y eficaces para los "obreros" que fueron llamados a la viña desde la primera hora, pero que de ninguna manera cuadran ni son aptas para dar un cauce fáctico a la originalidad y la creatividad que su entrega apasionada de recién convertidos reclama.



Para empezar el proceso de un seguimiento efectivo y eficaz para esta clase de personas, y poder ir logrando que formen con el tiempo un grupo compacto, con los "católicos convencidos desde siempre" es de todo punto necesario respetar su libertad y no emplearlos, quieras que no, en solventar problemitas intraeclesiales, que además de quitarles tiempo, les quitarán la posibilidad de ser normales ante la gente de su entorno, pues la hemorragia de generosidad que produce el Cursillo, en las personas ya de sí generosas, les induce a aceptar, sin discernimiento ninguno, las múltiples "ofertas" apostólicas que se ofrecen en el mercado de lo pío, y que casi siempre exigen la asistencia a unos actos y reuniones, que sin culpa de nadie y con la mejor voluntad por parte de todos, le embrollan la diafanidad de la santa simplicidad de lo fundamental cristiano. Si queremos de verdad que perseveren y mantengan y acrecienten la visión de lo cristiano que el Cursillo les descubrió, ésta tiene que estar conectada con lo que constituye su vivir cotidiano para poder ir viviéndolo con renovado brío.

Es que si de verdad nos interesa la fermentación de lo cristiano en el mundo, no en nuestra super cultivada parcela preferida, lo único que nos debe de verdad importar, no es tener uno más en nuestras filas de siempre, para hacerle hacer lo de siempre, sino que Cristo pueda contar con uno más, que le conozca y le ame, en y desde el mismo lugar donde se halla, tratando de ver, desde su horizonte habitual, las cosas cotidianas y corrientes, con ojos nuevos.

Y esto se irá realizando a medida que vaya descubriendo de cada día un poco más que, el egoísmo, el orgullo y la ambición que, desde siempre le venían fastidiando su vivir, van tomando en él, otro sentido, reduciendo su valor en la escala de sus valores, en la suya, en la que él emplea para valorar y para poder seguir la trayectoria de su vivir de siempre, con más fe y más alegría, pero todo ello donde Dios lo plantó, esto es, en las circunstancias concretas que en él concurren y sin lanzarlo a cometidos, más o menos píos que, cuando se realizan sin convicción lúcida y reflexionada, corren el peligro de ser pista que conduce a la simulación y al disimulo, cosas ambas que deterioran la actitud honrada que siempre quieren tener y manifestar, los que se esfuerzan por ser fieles al Cristo vivo, normal y cercano que en el Cursillo conocieron, que les entusiasma entonces y que sigue aún, en lo hondo, a pesar de todo, entusiasmándoles.

Todo esto que es sin duda posible cuando se emplean los medios adecuados, que son la Reunión de Grupo y la Ultreya, se vuelve utópico y hasta, a veces, impensable e imposible cuando se prefiere emplear otras maneras, imponiéndoles tareas intraeclesiales que solventan problemas que otros solventarían mejor y más al gusto de quienes les mandan hacerlas, porque el clima donde han crecido, les ha propiciado una actitud piamente conformista y obediente que no se da en el mundo de los alejados, a no ser que cuando les hayamos acercado les hagamos una cerca y les metamos a fuerza de fantasiosas responsabilidades, y culpabilidades, en nuestros esquemas y estructuras de siempre.

Comprendemos perfectamente la prisa que se tiene para hacer a los recién llegados de los nuestros, pero sabemos también que es ésta misma prisa que interrumpe el proceso dinámico del desarrollo de la semilla evangélica en lo humano de cada persona.

Otra cosa sucede cuando los de la primera hora, en vez de tener en cuenta tan sólo que han trabajado más y más tiempo que los demás, van percibiendo y descubriendo en los demás, precisamente en los demás, en los recién llegados cualidades hasta entonces desconocidas o poco practicadas por ellos, y si su intención es recta, y se tiene la humildad precisa para aceptar lo verdadero, no pueden menos de suscitarles una sincera admiración, que, disipando disipadoras envidias, les hace ver la necesidad y aún la conveniencia de contar con ellos para que la viña del Señor sea más y mejor cultivada en toda su vasta extensión y en las numerosas y diversas particularidades de cada parcela.

Pero se da el caso que, donde la idea que persigue el Movimiento de Cursillos ha sido captada de manera Integra, se va logrando, siempre con las imperfecciones inherentes a todo lo humano, lo que va



consiguiendo de los hombres la semilla evangélica, cuando no es adulterada, ni edulcorada, lo que confirma una vez más que lo cristiano, para el cristiano, es siempre la culminación de lo posible.

**Eduardo Bonnín**  
**Francisco Forteza**